

“ACOGER A MARÍA” EN LA ESPIRITUALIDAD MARIANISTA A LA LUZ DE LA EXÉGESIS ACTUAL DE JN 19, 25-27

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo intentaremos leer una premisa fundamental de la espiritualidad marianista, como es el “acoger a María” en nuestra vida, a la luz de la exégesis actual de Jn 19, 25-27.

En el primer capítulo recogeremos los aspectos fundamentales desarrollados por la tradición marianista en la interpretación de la escena joánica al pie de la Cruz. Nos limitaremos a las intuiciones del P. Guillermo José Chaminade (1761-1850), Fundador de la Familia Marianista. Si bien, en estos dos siglos de historia, se han desarrollado otros aspectos complementarios y a veces divergentes, consideramos fundamental la interpretación chaminadiana porque es la fuente carismática que nos permite tomar contacto con el don recibido y ofrecer su versión original y actualizada al mundo de hoy. El P. Chaminade no es un teólogo, sino un pastor y un maestro espiritual. No ha escrito tratados teológicos sobre el tema, pero contamos con una voluminosa producción de cartas, notas de retiro, instrucciones y apuntes propios y de sus primeros discípulos, que nos dan cuenta de su pensamiento durante el transcurso de su larga vida. Los escritos chaminadianos responden habitualmente a una necesidad pastoral, de dirección de los Institutos por él fundados o de acompañamiento espiritual. Y están avalados por una rica experiencia espiritual y una teología sólidamente fundada, como lo atestigua su importante biblioteca. Completamos la interpretación marianista de Jn 19, 25-27, con la memoria cotidiana del mismo en la Familia Marianista a través de la Oración de las Tres, que podríamos llamar la lectio divina continuada de la escena al pie de la Cruz desde nuestros orígenes.

En el segundo capítulo presentamos una síntesis de los elementos que la exégesis actual propone en la interpretación del texto, tanto en sus aspectos generales y contextuales, como en el contenido y su estructura interna, deteniéndonos especialmente en el versículo final (27b).

Finalmente, en el tercer capítulo ensayamos una lectura interpretativa del texto, centrándonos en el “acoger a María” en la espiritualidad marianista, rescatando sus características propias a la luz de los aportes de la exégesis actual¹.

¹ Utilizamos las siguientes abreviaciones:

- | | |
|--------|--|
| EM I | ESCRITOS MARIANOS del P.G.J.Chaminade, <i>ARMBRUSTER J.B.(ed)</i> , Madrid, Ediciones SM 1968, vol I. |
| EM II | ESCRITOS MARIANOS del P.G.J.Chaminade, <i>ARMBRUSTER J.B.(ed)</i> , Madrid, Ediciones SM 1968, vol II. |
| RV FMI | Regla de Vida de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas), Madrid, Imprenta SM 1986. |
| RV SM | Regla de Vida de la Compañía de María (Marianistas), Madrid, Imprenta SM 1984. |

1. LA INTERPRETACIÓN DE JN 19, 25-27 EN LA TRADICIÓN MARIANISTA.

1.1. La interpretación chaminadiana del texto

El P. Chaminade manifiesta una predilección especial por el Evangelio de San Juan. Junto con el Prólogo (1,1-18) y con el episodio de las Bodas de Caná (2,1-12), el texto que pretendemos estudiar, es una de las citas claves para comprender el rol de María en la espiritualidad marianista².

Es especialmente en el desarrollo del lugar de María en la historia de la salvación que encontramos este texto, así como en dos puntos de la espiritualidad marianista que el P. Chaminade presenta como consecuencias del primero: la maternidad espiritual de María y la alianza con Ella para asistirle en su misión³.

El sí de María al proyecto de Dios la convierte en cooperadora de la salvación y por eso es asociada al sacrificio redentor de su Hijo.⁴ María al pie de la Cruz es el signo de un sí llevado hasta las últimas consecuencias en el amor. Es la culminación de la respuesta de la Anunciación que Ella ha renovado cada día de su vida. Así lo entiende el P. Chaminade cuando afirma: “Si admiramos la caridad de María en el consentimiento, en el fiat que da para el misterio de la Encarnación, ¡cuán conmovedora nos debe parecer en el fiat que da para el cumplimiento de la Redención!. ¿Pero cuántas veces lo ha dado desde que ha tenido la dicha de ser Madre? Lo renueva en cierto modo en todos los instantes de la vida. No veis el dolor de María más que en la Pasión, y no os dais cuenta de que el sacrificio del Calvario es para María como para Jesucristo la culminación de un sacrificio comenzando en la Encarnación”⁵.

La participación activa de María en la obra de la redención, asociada a los misterios de su Hijo, es el fundamento teológico de su maternidad espiritual con todos los hombres. Esta maternidad tiene su origen en la maternidad divina, ya que engendrando a Jesús en la carne, engendra espiritualmente a todos los que serán llamados a incorporarse al Cuerpo del cual Él es la Cabeza⁶.

Este fundamento metafísico de su maternidad divina se complementa con su expresión histórica y existencial al pie de la Cruz, porque “María nos da a luz en el Calvario”⁷ y es “en medio de estos dolores excesivos, en esta desolación, por la cual entra María en sociedad de sufrimientos y de la cruz de su Hijo, Éste la asocia a la feliz fecundidad. *Mujer ahí tienes a tu hijo*. Los fieles son dados a luz por María en el corazón desgarrado por la violencia de la aflicción sin medida”⁸.

El P. Chaminade resalta con fuerza el momento en que Jesús nos da a María por Madre. Es la hora de la salvación. Y en este contexto es que María es la Mujer, la Nueva Eva, la Madre de los

² Cf. B. BUBY, *Scripture and the Marian Writings of Father William Joseph Chaminade*, Dayton, NACMS 2000, 96, 105.

³ Al revisar las citas del texto en los Escritos Marianos del P. Chaminade, hemos observado que generalmente usa los versículos en el orden textual para fundamentar estos temas: María al pie de la Cruz –asociada a la Redención (v.25), la maternidad espiritual de María (v. 26-27a) y la alianza con María (v.27b). Cf. EM I, Índice de referencias bíblicas.

⁴ Cf. EM I 68, 72-73.

⁵ EM I 72.

⁶ Cf. EM I 226; EM II 662, 489, 491.

⁷ EM II 782.

⁸ EM I 86. Cf. EM I 226,229; EM II 782, 824.

vivientes⁹: “Del mismo modo, por las palabras dirigidas a María: *Mujer ahí tienes a tu hijo* parece decir: Nueva Eva, tu primogénito, después de cumplir su misión, va a volver al Padre, pero este otro hijo de tu fe y de tu amor no ha realizado todavía la suya. ¡Mujer, Esposa de tu primogénito en la obra de la regeneración, yo te lo confío!”¹⁰.

La maternidad espiritual de María, en el desarrollo del pensamiento chaminadiano, irá adquiriendo una serie de funciones complementarias, que vemos anunciadas en esta última cita: regenerar, educar y proteger¹¹.

Intuye el P. Chaminade en este alumbramiento al pie de la Cruz, una relación entre la maternidad espiritual de María y la misión materna de la Iglesia, y así lo expresa: “La sangre y el agua que salieron del costado de Cristo representaban a la Iglesia. Eva formada del costado de Adán dormido era una figura de este sublime misterio... Por la muerte de Jesucristo, María había recibido la muerte y, la lanza que atraviesa el corazón del Hijo, atraviesa también su bella alma, y nos representa el mismo misterio, la formación de la Iglesia, la cual nos da a luz en cierto modo”¹².

El tercer tema en el que el P. Chaminade usa el texto de Jn 19, 25-27, es el de la consagración-alianza con María. Justamente es el relato evangélico que mejor expresa para él el origen y la naturaleza de la misma. De hecho se lo ha llamado “el evangelio marianista”¹³.

Al recibir el testamento de Jesús: “*Mujer ahí tienes a tu Hijo*”, la vida y la vocación de María reciben una clara orientación a dedicarse en tiempo completo al discípulo y a ser educadora de su fe. El P. Chaminade complementa la afirmación de Jesús con la elección que María hace del discípulo.

El discípulo amado, que representa a “todos los fieles”¹⁴, al escuchar las palabras de Jesús: “*He ahí a tu Madre*”, elige también a María.

Así ve una elección mutua, a la que sigue un compromiso mutuo y también una asociación expresada en la mutua posesión entre María y el discípulo.

La alianza con María en los textos chaminadianos es desarrollada en el contexto de la alianza con Dios, y por eso podemos observar un paralelismo entre estas dos alianzas, expresado en los elementos antes señalados.

La acogida efectiva de María por el discípulo en su vida y en su fe, es vivida como la recepción y la posesión de un “don” de Dios,¹⁵ y como la aceptación profunda de su propia identidad: ser hijo de María. Al pie de la Cruz encuentra el P. Chaminade el fundamento existencial de la alianza con María, que no termina allí, sino que se completa con el fundamento misionero que encuentra claramente en las palabras de María a los servidores en las Bodas de Caná: “*Hagan todo lo que Él les diga*” (Jn 2,5)

⁹ Recordamos la importancia que el P. Chaminade da al texto del protoevangelio de Gn 3,15, en el que ve a la Mujer prometida en relación a la Mujer de las Bodas de Caná y del Calvario. Cf. B. BUBY, *Scripture and the Marian Writings of Father William Joseph Chaminade*, 16-19; EM I 57, 133, 139, 143, 536; EM II 73, 314, 316, 410, 542, 811.

¹⁰ EM II 490.

¹¹ E. CÁRDENAS, *Itinerario mariano de Guillermo José Chaminade. Misionero apostólico*, Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas 2004, 410-412.

¹² EM I 76.

¹³ I. OTAÑO, *María, mujer de fe, Madre de nuestra fe*, Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas 1996, 199.

¹⁴ Cf. EM I 230, 235.

¹⁵ EM I 288. La RV SM rescata esta expresión cuando afirma que “*Como el discípulo amado, acogemos a María como don precioso de Dios*”, al inicio del artículo 6, que justamente trata de “*Nuestra alianza con María*”.

Así los dos textos joánicos específicamente marianos se reclaman uno a otro como fundamento de la alianza con María, núcleo central de la espiritualidad marianista¹⁶.

Ahora, la Alianza con María, no es un agregado espiritual o un modo piadoso de vivir la relación con Ella, sino el núcleo de la propia vocación, laical o religiosa, en el contexto del carisma marianista. Es por eso que el P. Chaminade, refiriéndose a los religiosos dice: “Por eso, desde el día feliz de su profesión, desde lo alto de la cruz los presenta a María como otros Juan, diciéndole: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*”; es decir: son semejantes a mí, no forman más que uno conmigo; adóptalos, pues, en mí, y sé madre para ellos como lo eres para mí”¹⁷. Y aquí podemos integrar la importancia en la espiritualidad marianista de la consagración bautismal y el fin de la conformidad con Jesucristo, que ubican a la Alianza con María en una perspectiva mucho más amplia: cristológica y eclesial.

1.2. La memoria cotidiana del texto en la familia marianista

En la tradición espiritual marianista la Oración de las Tres ha sido desde los inicios una constante memoria del texto de Jn 19, 25-27.

Encontramos su origen tanto en la Misericordia de Burdeos como en la Asociación de Agen. Si bien el P. Chaminade habría conocido una práctica similar en la Asociación del Sagrado Corazón de Burdeos de la cual participó durante los tiempos difíciles de la Revolución Francesa, son los cofundadores, la Srta. Teresa de Lamourous y la M. Adela de Trenquelléon, quienes aportan a la Familia Marianista esta práctica, que a su vez tiene su origen en el Carmelo¹⁸.

El P. Chaminade la propone por primera vez a los laicos congregantes que formaban el Estado, y luego de la fundación de las Hijas de María Inmaculada y de la Compañía de María, aparece en el reglamento cotidiano de las comunidades religiosas marianistas¹⁹.

Del acto de piedad ante el dolor y el sufrimiento de la Virgen María al pie de la Cruz, se pasa a considerar la maternidad espiritual de María y sus consecuencias. Así el P. Chaminade va dando un contenido netamente marianista a esta práctica, que describe, ya en la última década de su vida en el Reglamento General del Noviciado de San Lorenzo (1841) con las siguientes características: “A las tres, un toque de campana anuncia la oración del Calvario. Es la señal para la cita que todos los religiosos de María se dan al pie de la Cruz al lado de la santísima Virgen y de San Juan. En el espíritu de fe con el que nos trasportamos todos en espíritu al Calvario, nos parece ver el gran sacrificio del Hombre Dios, la augusta María en su desolación y San Juan, el discípulo amado en el éxtasis del amor y del dolor. Cada uno de nosotros cree oír al divino Maestro recordar a su Madre que no olvide que somos sus Hijos: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*.”²⁰.

Esta práctica cotidiana, que originariamente consistía en un momento de recogimiento interior y que luego se concretizó en diversas fórmulas a través del tiempo, condensa el significado profundo que la escena al pie de la Cruz tiene para la espiritualidad marianista. Las religiosas marianistas formulan sintéticamente este significado en su actual Regla de Vida: “Todos los días, en

¹⁶ Cf. I. OTAÑO, *María, mujer de fe, Madre de nuestra fe*, 15-16.

¹⁷ EM II 80.

¹⁸ Cf. J.B. ARMBRUSTER – M. COULIN, *La Prière marianiste de Trois Heures. Histoire et message*, Bordeaux, Chapelle de la Madeleine 2004, 3-13 ; J. ROTEN, *Deep memories: a marianist icon*, Dayton, IMRI 1993, 25-31.

¹⁹ Cf. EM II 566, 584.

²⁰ EM II 631.

unión con la Familia Marianista, las hermanas renuevan su alianza con María, rezando el acto de consagración y la oración de las tres, que evoca la Hora en que Jesús, en el Calvario, dio a María, como Madre, al discípulo amado, y le pidió que la acogiera en su casa. Tradicionalmente, esta oración recuerda a los marianistas el misterio de la maternidad espiritual de María, y la invitación a cada uno, a vivir como hijos de María y acogerla en su vida²¹.

Desde la incorporación de la oración de las Tres a la vida marianista hay un elemento constante que debemos subrayar. Es el carácter comunitario de la misma, aunque se realice personalmente. Se comienza afirmando que “nos transportamos”, “nos trasladamos”, “nos reunimos” en espíritu en el monte Calvario. Por esto se ha denominado a este momento de la jornada “la cita espiritual de todos los marianistas”²². De todos y de todas, laicas y laicos, religiosas y religiosos. Esta presencia activa y cotidiana al pie de la Cruz, es la memoria cotidiana que actualiza el texto de Jn 19, 25-27, donde la Familia Marianista descubre su identidad de hijos e hijas de María, renueva su alianza con Ella, y reconfirma su compromiso de asistirle en su misión.

2. LECTURA EXEGÉTICA ACTUAL DE JN 19, 25-27

2.1 Algunas cuestiones generales y contextuales

La interpretación patrística de este texto del evangelio de Juan se centraba sobre todo en el sentido moral de la piedad filial de Jesús con su Madre, que antes de morir la confió al cuidado de su discípulo predilecto. A partir de la Edad Media se comienza a considerar en referencia a este texto la maternidad espiritual de María. Esta interpretación se abandona a partir del Renacimiento. Si bien algunos autores espirituales la continúan proponiendo es solamente en los estudios exegéticos del siglo XX que vuelve a encontrar un nuevo interés.

Es cierto, y aunque justo por el contexto de la Pasión donde se encuentra el texto, que generalmente se ha resaltado la figura de María sufriente, de la “Dolorosa”. La religiosidad popular y el arte religioso de todos los tiempos lo atestiguan.

Debemos señalar que el texto ha tenido siempre una importante consideración a nivel teológico y espiritual, y que en cuanto a interpretaciones posibles posee una larga y rica historia²³.

En general este texto había sido considerado e interpretado como una perícopa independiente. El análisis técnico y literario permiten comprender mejor su estructura, descubrir el trasfondo bíblico de esta escena y su profundo simbolismo. Gracias a un mejor conocimiento del cuarto evangelio y a una comprensión global de los acontecimientos del relato de la Pasión, se puede descubrir el sentido profundo del texto. Es así que aparece con toda evidencia que esta escena de María y el discípulo al pie de la cruz tiene un significado mucho mayor al de la piedad filial de Jesús en relación a su madre, evidenciando la dimensión mesiánica y eclesiológica del episodio. A partir de estos presupuestos se desarrollan las interpretaciones exegéticas actuales que hemos consultado²⁴.

²¹ RV FMI II.3.

²² RV 4.2.

²³ Un resumen de las interpretaciones de los doce primeros siglos ha sido realizada por T. KOEHLER, mientras que H. BARRE centró sus investigaciones en el período medieval. Cf. A. SERRA, *Biblia*, en DE FIORES S. - MEO S., *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Paulinas 1988, 358.

²⁴ Cf. R.E.BROWN, *El Evangelio según Juan, XIII-XXI*, Madrid, Cristiandad 1979, 1218-1224; B. BUBY, *Mary of Galilee*, Volume I: *Mary in the New Testament*, New York, Alba House 1994, 130-139; I. de la POTTERIE, *Maria nel mistero dell'Alleanza*, Genova, Marietti 1988, 229-251; A. SERRA, *Biblia*, en DE FIORES S. - MEO S., *Nuevo*

En relación a la estructura general del evangelio de Juan, la mayor parte de los exegetas contemporáneos advierten un paralelismo entre la escena al pie de la Cruz y el episodio de las Bodas de Caná. En ambos la Virgen está presente y no es presentada con su nombre propio de María, sino con los títulos de *madre de Jesús* (2,1; 19,25) y de *mujer* (2,4; 19,26). La *hora de Jesús* que se inicia en Caná, al pie de la Cruz llega a su plenitud, ya que para la teología joánica esta hora comprende como un todo el evento pasión-muerte-resurrección. Esta lectura del paralelismo entre ambos textos, nos lleva a considerar que si las bodas de Caná tienen un carácter eminentemente mesiánico y sirven de preludeo a la misión salvadora de Jesús, debemos leer también el episodio al pie de la Cruz desde una perspectiva mesiánica. Las dos escenas forman una gran inclusión en la que se encuentra comprendida la obra de salvación realiza por Jesús, el Mesías salvador²⁵.

En relación a su ubicación en el contexto del relato de la Pasión del cuarto evangelio, los estudios exegeticos actuales ponen en consideración la estrecha relación del texto con los versículos inmediatamente anterior y posterior.

El estudio estilístico de la construcción griega utilizada en los versículos 24 y 25 revela una correlación entre ambos. La preocupación del evangelista al afirmar que “esto es lo que hicieron los soldados” (sortear la túnica en vez de romperla y dividirla) pone en evidencia el énfasis que quiere poner en este acto. Esta insistencia se debe, según una interpretación presente desde la antigüedad, a que la túnica de Cristo íntegra es un símbolo de la unidad de la Iglesia. La estructura literaria sugiere que entre esta escena y la que sigue al pie de la Cruz hay un vínculo de analogía: la túnica de Cristo, no dividida por los soldados, es un signo de la unidad de la Iglesia que está por constituirse a través de la unión de la Madre de Jesús con el discípulo amado²⁶.

Con respecto al inicio del versículo 28: “*Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice...*”, diversos estudios actuales lo relacionan con el episodio precedente, y no con lo que Jesús dice luego: “*Tengo sed*”. Por eso es que en lo que Jesús ha dicho a su madre y al discípulo en la escena anterior, se ha cumplido la Escritura. El significado simbólico del episodio de la túnica indivisa se realiza en la escena de María y el discípulo al pie de la Cruz. Allí, en estas dos personas, es representado el pueblo mesiánico que Dios quería constituir. Allí nace la Iglesia. En este sentido Jesús cumple hasta al final su misión mesiánica como había sido descrita en la Escritura. Ahora, “*ya*” se puede decir con toda verdad que “*todo está cumplido*”.

En los versículos 25-27 es por lo tanto presentado el último acto mesiánico de Jesús. Esta escena, que se encuentra en el centro de los cinco episodios del Calvario, se constituye en el cumplimiento de la historia de la salvación. Aquí la hora de Jesús alcanza su plenitud. Por eso, en el versículo 28, el evangelista invita a reconocer en la escena que acaba de narrar el culmen de la obra mesiánica de Jesús y la manifestación suprema de su amor salvífico²⁷.

2.2. La interpretación exegetica del texto

Una de las adquisiciones recientes de los estudios exegeticos sobre este texto ha sido el descubrimiento de que nos hallamos frente a un género literario particular. Se trata de una fórmula

Diccionario de Mariología, Madrid, Paulinas 1988, 358-368; A. SERRA, *Maria a Cana e presso la croce*, Roma, Centro di Cultura Mariana 1991³, 79-121; G. ZEVINI, *Commento spirituale al Vangelo secondo Giovanni*. Volume secondo, Roma, Citta Nuova 1989², 251-265.

²⁵ Cf. A. SERRA, *Biblia*, 359.

²⁶ Cf. A. SERRA, *Maria a Cana e presso la croce*, 85-89.

²⁷ Cf. I. de la POTTERIE, *Maria nel mistero dell'Alleanza*, 233-234.

técnica, denominada “esquema de revelación”. Es un modelo literario conocido ya en la literatura profética, que lo utiliza cuando el Señor, por medio de un portavoz, quiere comunicar una revelación, un mensaje o una doctrina de gran importancia²⁸. El evangelio de Juan usa este recurso en cuatro ocasiones (1,21; 1,36; 1,47; 19,25-27).

Este esquema literario se compone de cuatro elementos:

- las personas A e B (puede haber también otras)
- la persona A ve la persona B y mirando B, A declara, en relación a B, una cosa que en griego siempre comienza con *idou* o *ide*: “he ahí”,
- luego sigue un título que anuncia o revela una cosa de la persona B.

Para comprender mejor lo que el autor quiere decir podemos ver un caso paralelo, en Jn 1,36: “Al día siguiente Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba dice: He ahí el Cordero de Dios”. Los cuatro elementos del esquema de revelación son fácilmente identificables:

- Juan (A) con sus dos discípulos en el Jordán y Jesús (B) que pasa,
- Juan Bautista (A) mira Jesús (B)
- Y dice: “he ahí” (palabras de inicio de la declaración)
- “El Cordero de Dios” (título revelado).

Con esta escena Juan Bautista revela que el desconocido que pasa es el Mesías de Israel.

Si admitimos que en la escena al pie de la Cruz el evangelista usa una fórmula similar, entonces las palabras de Jesús dirigidas a su madre y a sus discípulos pertenecen a un esquema de revelación. Esto significa concretamente que Jesús, muriendo en la cruz, revela que su madre, en cuanto “Mujer”, con todas las resonancias bíblicas de esta expresión, es ahora la madre del discípulo, porque este último, como representante de todos los discípulos de Jesús, es ahora el hijo de su madre. Jesús revela la nueva dimensión de la maternidad de María: su dimensión espiritual, y también su nueva función en la economía de la salvación. Y al mismo tiempo, revela que la primera tarea de los discípulos consistirá en ser “hijos de la madre de Jesús”.

Integrados en la estructura de este esquema de revelación, los dos títulos: “madre” e “hijo”, indican una nueva relación entre la madre de Jesús y el discípulo. Esta relación es querida por Jesús mismo en el contexto del evento mesiánico y eclesiológico de la Cruz. Debemos tener aquí presente, la tendencia constante del evangelio joánico de hacer funcionar a las personas en la narración como personificaciones de un grupo, como símbolos o tipos. Por eso es que en este texto María y el discípulo cumplen una función de representación en referencia a la Iglesia²⁹.

Al dirigirse en primer lugar a la Virgen, Jesús intenta poner de relieve ante todo la tarea que está a punto de confiarle. La función del discípulo se presenta como subordinada y dependiente de la de María. Esta intención prioritaria se confirma en el título solemne de *Mujer* con el que Jesús se dirige a Ella, como en las bodas de Caná. Este apelativo, conocido en la lengua griega, y utilizado por el mismo evangelio en otras tres ocasiones cuando Jesús se dirige a la samaritana (4,21), a la adúltera (8,10) y a María Magdalena (20,15), es absolutamente desconocido en la relación entre un hijo y su madre (tanto en las tradiciones griegas, bíblicas o rabínicas).

En el contexto de Jn 19,25-27 el término *Mujer* aplicado a María tiene una resonancia comunitaria y eclesial, que podemos descubrir partiendo de la “profecía” de Caifás en relación a la muerte de Jesús, la cual serviría para “reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). En el sentir judaico contemporáneo a Jesús, esta expresión refería directamente al cuadro

²⁸ Cf. Is 49,18; 60,4; Ez 1,4ss; 37,8ss; Dan 2,31ss; Bar 4, 36-37; 5,5.

²⁹ Cf. I. de la POTTERIE, *María nel mistero dell'Alleanza*, 234-236.

multiforme de las esperanzas mesiánicas. En la tradición veterotestamentaria, “los hijos de Dios dispersos” son los desterrados del pueblo de Israel, a causa de su infidelidad y sus pecados.³⁰ Pero el destierro no es la etapa definitiva del plan divino. Por eso Dios envía a sus profetas llamando al retorno y a la conversión³¹. En la nueva etapa de restauración, adquieren una función especial Jerusalén y el templo, donde se reúnen los hijos dispersos al retornar de su destierro³². Jerusalén es saludada como madre de estos hijos innumerables que Yahvé ha introducido en su seno³³. En este acontecimiento grandioso de la misericordia divina, ella, la hija de Sión, es invitada a un gozo exultante³⁴. Este retorno, largamente esperado, alcanzaría su plenitud a través de la misión mesiánica del Siervo de Yahvé³⁵.

En el Evangelio de Juan, Jesús, como siervo doliente de Yahvé, como Cordero de Dios, es el que conduce a la unidad a los hijos dispersos de Dios. En lugar del templo de piedra, nos encontramos ahora con la persona de Cristo resucitado. En Él serán atraídos y reunidos todos los que adoran al Padre, aceptando la verdad evangélica bajo el impulso del Espíritu. Y en vez de Jerusalén, se presenta ahora María-Madre de los hijos dispersos de Dios, reunidos por Jesús en aquel templo místico de la nueva alianza, constituido por la unión del Padre y el Hijo en el Espíritu. En María, Jesús indica la personificación de la nueva Jerusalén-madre, o sea, de la Iglesia³⁶.

En relación al “discípulo a quien Jesús amaba”, la tradición lo ha identificado con Juan, que siendo el autor del cuarto evangelio, habla de sí mismo en forma anónima³⁷. En realidad, teniendo en cuenta las consideraciones actuales sobre la redacción del evangelio joánico, tendríamos que hacer algunas salvedades. De todas maneras, no es un dato fundamental para nuestro estudio analizar minuciosamente la identidad histórica del discípulo. Sí, en cambio, resulta importante preguntarse el significado de esta expresión.

La exégesis moderna se inclina a pensar que no se trata tanto de una preferencia personal de Jesús, sino más bien del estado de aquel que observando la Palabra evangélica, se encuentra en la esfera del Padre y del Hijo. El discípulo que Jesús amaba, sería entonces el “tipo” de cada discípulo que, a causa de su fe, viene amado por Jesús. Es lo que afirma el mismo Jesús: “*El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré*”. Son estos discípulos a los que Jesús llama “amigos” (Jn 15, 14-15), y por los cuales ofrece el testimonio supremo del amor: “*Este el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el da su vida por sus amigos*” (Jn 15, 12-13).

Esta función representativa del discípulo que Jesús amaba, se adecua bien al contexto de Jn 19, 25-27. Si bien no se dice explícitamente que él sea figura de todos los fieles, se lo puede reconocer incluido virtualmente, teniendo en cuenta la tendencia joánica a las figuras tipológicas de representación, las características propias del esquema de revelación, y la universalidad de la maternidad de la figura de la Jerusalén-Madre-María³⁸.

³⁰ Cf. Dt 4,24-27; 28,62-66; 30,1-4.

³¹ Cf. Is 43,5-6; 48,21-49,10; Ez 37, Jer 23,3; 31,8-11; Mi 2,12.

³² Cf. Ez 37,21.26-28; Is 12,6.

³³ Cf. Is 60,1-9; 49,19-20.

³⁴ Cf. Zac 2,14; 9,9; Sof 3,14-18; Jl 2,21-27.

³⁵ Cf. Is 49,5-6.

³⁶ Cf. A. SERRA, *Biblia*, 361-365.

³⁷ Cf. Jn 13,23; 19,26; 20,2; 21,7.20.

³⁸ Cf. A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, 103-106.

2.3. Un versículo especialmente importante: Jn 19, 27b

Este medio versículo: “*Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*”, tiene una gran importancia para la interpretación fundamental de toda la escena del Gólgota. Y por otra parte, no se puede comprender integralmente sin las interpretaciones contextual e interna de todo el texto.

Algunas traducciones ampliamente difundidas no permiten explicar el sentido profundo de la respuesta del discípulo al testamento de Jesús.

En primer lugar, debemos indagar el significado del verbo “*lambáno*”, que en el evangelio de Juan se presenta con tres diversas acepciones³⁹. Encontramos un primer caso cuando se trata de un objeto material, y entonces tiene el sentido activo de “tomar” (p.e.: “Jesús tomó los panes” 6,11). En cambio cuando el objeto directo es una realidad espiritual tiene el sentido pasivo de “recibir” (p.e.: “Recibid el Espíritu Santo” 20,22). Estos son los extremos de su significado.

Hay también una tercera serie de casos, en los que el complemento del verbo “*lambáno*” es una persona viviente. Normalmente se trata de la persona misma de Jesús. Entonces no se puede traducir como “tomar” o “recibir”, sino como acoger con un sentido muy cercano al verbo “creer”. Acoger a Jesús, es creer en Él⁴⁰. La única ocasión en que el verbo no se refiere a Jesús, es al pie de la Cruz donde “*lambáno*” tiene como complemento a la madre de Jesús. Ciertamente aquí tampoco se trata de “tomar” una cosa para llevarla a su casa, ni tampoco una recepción pasiva meramente espiritual. El objeto del verbo “*lambáno*” es la persona viviente de María. Es por esto que se trata de una acogida en la fe, en el sentido de una auténtica actitud de fe como respuesta positiva al testamento de Jesús. El discípulo pone en acto en su vida aquello que acaba de recibir como voluntad del Señor: convertirse en el hijo de María, convertirse en un verdadero creyente.

Pero son las tres palabras finales del versículo que ponen mayor dificultad: “*eis ta idía*”⁴¹, que la Vulgata traduce como “*in sua*”. Generalmente se lo ha traducido como “en su casa”. Pero no sería éste el sentido más adecuado, continuando con el análisis anterior. Es cierto que esta expresión es usada y bien traducida en otros textos como “en su casa”, “en su patria”, “la tomó consigo”. Pero en estos casos siempre es usada con un verbo que expresa un movimiento o traslado material. Pero, como hemos visto, en la escena al pie de la Cruz, “*elabon*” (aoristo de “*lambáno*”) no significa un traslado material. Se trata de un movimiento interior y espiritual. Se trata de la primera etapa en el camino de la fe. Ciertamente puede considerarse también un traslado de lugar del discípulo que hospedó en su casa a la madre, pero éste no es el sentido teológico fundamental que el texto nos está revelando. Recordemos este doble plano joánico, donde la realidad narrada remite a una realidad teológica más profunda.

Entonces, “*eis ta idía*”, en el contexto de un movimiento dinámico y hacia el interior, se presenta como una apropiación en sentido metafórico. Podemos decir que el discípulo “acoge” a María “en su intimidad”, “en su interior”, “en su vida de fe”, “entre sus bienes espirituales”. Esta interioridad del discípulo no es otra cosa que su disponibilidad a abrirse en la fe a las últimas palabras de Jesús y a cumplir su testamento espiritual, convirtiéndose en hijo de María, y acogéndola como su madre en su vida de discípulo.

³⁹ Cf. I. de la POTTERIE, *María nel mistero dell'Alleanza*, 243; A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, 112-113.

⁴⁰ Cf. Jn 1, 11-12; 5, 43-44; 13, 19-20.

⁴¹ Cf. I. de la POTTERIE, *María nel mistero dell'Alleanza*, 243-244; A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, 107-112.

Es interesante mencionar, como lo ven algunos autores, que la fórmula “*eis ta idia*” presenta un paralelismo con el versículo 11 del Prólogo del evangelio de Juan. En el momento de la Encarnación Jesús viene a su “propiedad”, que no es un lugar sino el mismo pueblo de Israel: “*los suyos*”. Esta propiedad es “su” propiedad, constituida por los “suyos”, que acogen (o no) al Mesías. Aquí, también se trata justamente de una actitud de fe⁴².

Finalmente nos queda hacer una referencia al momento en que esta respuesta se produce: “*desde aquella hora*”⁴³. En el contexto de toda la interpretación que hemos hecho de Jn 19, 25-27, podemos afirmar que no se trata de la hora temporal, sino de la Hora de Cristo: la Hora de su Pasión-Glorificación en la cual se cumplen los eventos decisivos de su obra salvífica.

Como apreciación conclusiva del texto analizado podríamos decir que éste presenta una estructura análoga a aquellas del Antiguo Testamento que narran la confirmación de la Alianza del Sinaí o la renovación de los compromisos que ésta exigía. En este tipo de textos aparecen dos elementos constantes: el discurso del mediador que se hace portavoz de Dios y la respuesta del pueblo que manifiesta la aceptación de sus palabras con una frase similar a: “Todo lo que Yahvé ha dicho, nosotros lo haremos”. La escena del Calvario, escuchando este reclamo bíblico, parece haber sido redactada según esa misma articulación binaria. Presentados los personajes (v. 25), Juan recuerda la voluntad de Jesús, profeta del Padre, transmitida en términos de revelación (v. 26-27a), y se concluye con la aceptación de la palabra de Jesús de parte del discípulo, que representa a todos los creyentes (v. 27b).

Como revelador del Padre, Jesús, propone al discípulo la invitación a entrar en la Nueva Alianza. María es la figura de la Iglesia-Madre, la nueva Sión, a la que arriban los hijos de la Nueva Alianza. Acogiendo a María, el discípulo dice sí a la voluntad de Jesús. Y este consenso (“Después de esto,...” v.28), hace que Jesús pueda donar el Espíritu, el Don de la Nueva Alianza (v. 30)⁴⁴.

3. LA INTERPRETACIÓN MARIANISTA DE JN 19, 25-27 A LA LUZ DE LA EXÉGESIS ACTUAL

La interpretación tradicional desarrollada en la Familia Marianista del texto de María y el discípulo amado al pie de la Cruz, es iluminada por la exégesis actual que nos permite relativizar aquellos elementos propios de un análisis impregnado de la cultura teológica y espiritual de una época y un lugar determinados (la post-revolución francesa), para desarrollar los elementos que ya presentes, sobre todo en las intuiciones carismáticas del P. Chaminade, adquieren un claro fundamento bíblico y se constituyen en el camino para ofrecer la espiritualidad marianista de un modo comprensible y actual.

No nos detendremos en todos los detalles, que en la lectura de este trabajo, ya se han ido decantando, a partir de la consideración de los dos apartados anteriores, sino que nos centraremos brevemente en algunos puntos que consideramos focales para iniciar este proceso de comprender lo que significa “*acoger a María en la espiritualidad marianista a la luz de la exégesis actual de Jn 19, 25-27*”. Éstos son:

⁴² Cf. I. de la POTTERIE, *María nel mistero dell'Alleanza*, 245.

⁴³ Cf. A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, 113-115.

⁴⁴ Cf. A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, 115.

- La maternidad espiritual de María.
- El modelo mariano de Iglesia.
- La Consagración-Alianza con María.
- La Misión apostólica de María hoy.

María es nuestra Madre. Ello constituye una realidad en sentido propio, y concretamente mucho más que una realidad metafórica. La maternidad espiritual de María, que compartimos con todos los hombres, y de manera particular con todos los creyentes, es la puerta de entrada a la participación plena en la historia de la salvación, a través de la cual somos incorporados a Cristo, recibimos una vida nueva por la fe, y nos comprometemos en la construcción del Reino que ya está entre nosotros pero todavía no en plenitud.

Un modo elocuente con el que María ejerce su maternidad, es servirnos de modelo. La calidad simbólica de la figura evangélica de María mueve, sin perjuicio de su trasfondo histórico, a descubrir en ella multitud de actitudes con perfecta vigencia para nuestras vidas. Al escuchar a Jesús: “*He ahí a tu Madre*”, vemos en Ella a “la primera entre los que creen en Jesucristo y la primera liberada del mal y de la muerte”⁴⁵, y contemplamos “el camino de la auténtica vida cristiana”⁴⁶. Ella es modelo de las virtudes evangélicas y a la vez una presencia transformadora en nuestras vidas. La presencia de María en la vida del discípulo amado es garantía de fidelidad al Evangelio de Jesús.

La maternidad de María es símbolo de la maternidad de la Iglesia. La fuerte connotación eclesial del texto de Jn 19, 25-27, es una llamada a considerar la propia experiencia carismática de la acogida de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia⁴⁷, que se manifiesta en dos actitudes fundamentales.

La primera es la conciencia profunda de que acoger a María es también acoger a la Iglesia, en “nuestra intimidad”, entre nuestros “bienes espirituales”, en “nuestra vida de fe”.

La segunda es la realidad comunitaria de esta experiencia de ser “el discípulo que Jesús amaba”. Somos como familia hijos e hijas de María. Y de esta afirmación se desprende el deber de ofrecer a la Iglesia el testimonio de un modo de ser Iglesia, que en el ambiente marianista identificamos en estos últimos años con la expresión “*modelo mariano de Iglesia*”⁴⁸.

La dimensión mariana de la Iglesia ha sido desarrollada ciertamente por diversos autores en los últimos años. Para la espiritualidad marianista, la comprensión actualizada de la escena al pie de la Cruz, es el camino para redescubrir su identidad propia en relación a la Iglesia y al mundo.

Y es así, porque el sentido profundo del uso joánico del verbo “*lambáno*” y de la expresión “*eis ta idía*”, que hemos desarrollado previamente, permiten vislumbrar también el sentido evangélico profundo de la Consagración-Alianza con María, según el modo de entenderla en la Familia Marianista. Acoger a María, como hombres y mujeres de fe. Acoger a María como comunidades de fe. Acogerla en nuestro interior, con un vínculo de mutua posesión. Acogerla como Madre al mismo tiempo que asumimos la primera tarea: ser sus hijos e hijas, con todo el peso

⁴⁵ RV SM 7.

⁴⁶ RV SM 8.

⁴⁷ Recordamos que ésta es la clave teológica del capítulo 8 de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* (LG) del Concilio Vaticano II (21 noviembre 1964, en: AAS 57 [1964] 5-75), y corresponde a la interpretación actual de Jn 19,25-27 en el contexto general del cuarto evangelio y en la estructura particular del relato de la Pasión.

⁴⁸ Cf. D. FLEMING, *Deseos de un nuevo Pentecostés*, Compañía de María, Circulares del Superior General n. 8, Roma 12 octubre 2001.

que esto significa. Por eso, allí al pie de la Cruz, donde asumimos nuestro ser de cristianos, recibimos también la invitación a vivir como marianistas en la vida laical o religiosa.

Al pie de la Cruz, María recibe un nuevo rol en la economía de la salvación: ser Madre de todos los que en la fe recibirán la vida de su Hijo Jesús. Su misión es continuar dando a luz hijos e hijas para la Nueva Alianza, y acompañarlos en la educación de su fe. Ella, que hizo su peregrinación en la fe⁴⁹, es Madre y Maestra de todos los que caminamos en la fe hacia la plenitud del Reinado de Cristo. El nuevo vínculo interior y profundo que une a María y al discípulo al pie de la Cruz, es el fundamento de la dimensión misionera del acoger a María en nuestra vida, que nos impulsa a “asistirle en su misión de formar en la fe una multitud de hermanos para su Hijo primogénito”⁵⁰, y nos recuerda cotidianamente, y concretamente en cada tiempo y en cada lugar, sus palabras en Caná de Galilea: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5).

CONCLUSIÓN

El retorno a las fuentes, especialmente bíblicas, ha sido para la teología y la espiritualidad una consecuencia concreta del Concilio Vaticano II y una refundación de sus fundamentos. En la multiplicidad de carismas que el Espíritu dona a la Iglesia, y que son concretizados con las características propias del tiempo histórico y el lugar geográfico donde se manifiestan, no podemos dejar de buscar un vínculo profundo de cada uno de ellos con la revelación bíblica. Este vínculo no es un recurso para ilustrar con citas autorizadas de la Sagrada Escritura la propia identidad, sino el camino para encontrar su más profundos fundamentos y confirmar su auténtico origen pneumatológico.

Con este trabajo hemos intentado aplicar concretamente esta perspectiva a la espiritualidad marianista, centrándonos en unos de sus puntos fundantes como es el “acoger a María” en nuestras vidas. La exégesis actual de Jn 19,25-27 ilumina y ayuda a profundizar su sentido y su contenido.

“Acoger a María” como respuesta positiva al testamento de Jesús implica una perspectiva mucho más amplia que una relación privada y personal: la inclusión en el marco del evento Jesucristo, el reconocimiento del nuevo rol de María (como Madre de todos los creyentes) en la historia de la salvación tanto en su dimensión personal como en su simbolismo eclesial, y la aceptación de la realidad comunitaria de la fe cristiana.

Podemos constatar que en la tradición marianista, especialmente en las intuiciones del P. Chaminade, encontramos algunos elementos que hoy la exégesis de Jn 19, 25-27 pone de relieve: la maternidad espiritual de María, la implicación con el texto de las Bodas de Caná, la nueva misión de María en la economía de la salvación, el simbolismo de la “Mujer”, la importancia de la Hora de Jesús, el trasfondo bíblico de la Alianza, la relación constitutiva de “propiedad” y la actitud de acoger-creer como dinamismo interior y fundante de la vida cristiana, la función de representación del “discípulo que Jesús amaba”, la conciencia de que el testamento de Jesús es un “don que se recibe”, la apertura a un modelo eclesial experimentado vivencialmente y ofrecido a la Iglesia.

La lectura del “acoger a María” en la espiritualidad marianista a la luz de la exégesis actual permite acoger de las fuentes de familia la propia identidad carismática, renovando su lenguaje y su

⁴⁹ Cf. LG 58; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, 25 marzo 1987, en AAS 79 (1987) 361-433, n. 5, 24-34.

⁵⁰ RV SM 5.

interpretación, para permitir una vivencia personal y comunitaria adecuada, una fundamentación teológicamente “aggiornada” y una presentación comprensible al mundo de hoy.

La escena al pie de la Cruz de Jn 19, 25-27, leída a la luz de la exégesis actual, es una puerta para renovar los fundamentos bíblicos de la consagración-alianza con María como se entiende en la tradición marianista; hacer memoria cotidiana de la experiencia fundante de nuestra vocación cristiana y marianista en la cita espiritual de la Oración de las Tres; y vivir personal y comunitariamente los dos aspectos indivisibles y complementarios de nuestra vocación: ser hijos de María y ser sus misioneros.

Terminamos este trabajo con las palabras finales de la Oración de las Tres, que con los aportes de la exégesis de Jn 19,25-27 adquieren claridad y profundidad: “San Juan, alcánzanos la gracia de acoger, como tú, a María en nuestra vida, y de asistirle en su misión”.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES

Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée de Brouwer 1998.

CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 21 noviembre 1964, en: AAS 57 (1964) 5-75.

ESCRITOS MARIANOS del P.G.J.Chaminade, ARMBRUSTER J.B.(ed), Madrid, Ediciones SM 1968, vol I-II.

Regla de Vida de la Compañía de María (Marianistas), Madrid, Imprenta SM 1984.

Regla de Vida de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas), Madrid, Imprenta SM 1986.

2. ESTUDIOS

ARMBRUSTER J.B. – COULIN M., *La Prière marianiste de Trois Heures. Histoire et message*, Bordeaux, Chapelle de la Madeleine 2004.

BROWN R.E., *El Evangelio según Juan, XIII-XXI*, Madrid, Cristiandad 1979.

BUBY B., *Mary of Galilee*, Volume I: *Mary in the New Testament*, New York, Alba House 1994.

--- , *Scripture and the Marian Writings of Father William Joseph Chaminade*, Dayton, NACMS 2000.

CÁRDENAS E., *Itinerario mariano de Guillermo José Chaminade. Misionero apostólico*, Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas 2004.

GARCÍA MURGA J.R., *Jesucristo, Hijo de María, Mujer en Misión, Figura de la Iglesia*, Madrid, Teología moderna y espiritualidad marianista 2000.

OTANO I., *María, mujer de fe, Madre de nuestra fe*, Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas 1996.

de la POTTERIE I., *María nel mistero dell'Alleanza*, Genova, Marietti 1988.

ROTEN J., *Deep memories: a marianist icon*, Dayton, IMRI 1993.

SERRA A., *Biblia*, en DE FIORES S. - MEO S., *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Paulinas 1988, 358-368.

--- , *María a Cana e presso la croce*, Roma, Centro di Cultura Mariana 1991³.

ZEVINI G., *Commento spirituale al Vangelo secondo Giovanni*. Volume secondo, Roma, Citta Nuova 1989².